SEMANA DE ORACIÓN

Ministerio de la Familia | 10 -17 febrero 2018



VALORES QUE DAN VIDA

INTRODUCCIÓN

«No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy» (Hech. 3: 6).

¿Qué es lo que tenía Pedro y, por lo tanto, pudo dar?

Los seres humanos pueden poseer bienes materiales (oro, plata, casas, otras cosas…) y también tener otros que no son tangibles, como es el caso de los valores.

A lo largo de las páginas de esta revista en torno a la familia, queremos hablar acerca de los valores como convicciones fundamentales que constituyen el esqueleto de nuestro carácter y de nuestra vida familiar.

En las siguientes páginas se van a desarrollar temáticas en torno a valores tan importantes para nuestras familias como son: el interés en el otro, que confronta el egoísmo y el egocentrismo; la comunicación como voluntad de entendimiento; la alegría como opción de vida; el respeto, que aporta dignidad y valor; la humildad, que permite el encuentro; la obediencia, que forma el carácter; el perdón, que ofrece nuevas oportunidades, y el servicio, que reproduce en nuestro hogar el espíritu y el talante de Jesús.

¿Qué le dio Pedro a aquel hombre dañado en la puerta de la Hermosa? Sus valores. No tenía plata ni oro, pero sí tuvo interés en él, sí quiso comunicarse con él: *«fijando en él los ojos, le dijo: míranos»* (Hech. 3: 4), sí deseó la felicidad de aquel hombre, sí sintió un profundo respeto por él y por su limitación, sí fue humilde reconociendo que Jesús, y no él, era la fuente del poder sanador, sí le ordenó en el nombre de Jesús, consciente de que en la obediencia a Dios estaba la posibilidad del milagro, sí deseó el perdón para él, como para todos aquellos que poco antes habían escuchado de sus labios: *«Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados […]»* (Hech. 2: 38), y sí se puso al servicio de aquel hombre como instrumento en las manos de Dios. El corazón de Pedro se había ido llenando de los valores adquiridos en su experiencia con Jesús.

Que en esta *Semana de Oración de la Familia* esa sea nuestra experiencia, que estos días puedan ser una oportunidad aprovechada, vivida a los pies de Jesús, tomando de él estos valores que son de más estima que la plata y el oro, para nuestro carácter y para nuestra familia. Si los tenemos, los podremos vivir y compartir.

Antonio Martínez Carrión
Director del Ministerio de la Familia
de la Unión Adventista Española

Ministerios de la *Familia* Adventista

Director de la revista: **Antonio Martínez**

EQUIPO EDITORIAL:
Director general: **Mario Martinelli**
Administrador: **Sergio Mato**
Coordinación de producción y edición: **Esther Amigó**
Editores: **Andrada Oltean, José David Pallas**
Diseño y maquetación: **Ayelén Méndez, Javier Zanuy**

Publica: **EDITORIAL SAFELIZ**
Pradillo, 6 - Pol. Ind. La Mina
28770 Colmenar Viejo, Madrid (España)
tel. [+34] 918 459 877
fax [+34] 918 459 865
e-mail: admin@safeliz.com
www.safeliz.com

Promueve: **MINISTERIO DE LA FAMILIA**

COLABORADORES:
Óscar López
Sergiu Gavril
Remus Soare
Sergio Martorell
Josué Reta
Maribel Gómez
Alberto Fernández
Richard Ruszuly

Año 11 / nº 11

Contenido

3 Primer sábado
El interés en el otro

5 Domingo
La comunicación

8 Lunes
La alegría

11 Martes
El respeto

14 Miércoles
La humildad

16 Jueves
La obediencia

19 Viernes
El perdón

21 Segundo sábado
El servicio

El interés en el otro

«*Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne*» (Gén. 2: 24).

Abrió los ojos. Sin saber muy bien por qué, se había quedado profundamente dormido. Lo último que recordaba es que había estado hablando con Dios justamente después de poner nombre a los animales. Le había dicho que le encantaría estar acompañado. Y allí estaba ella. Fascinado, Adán se quedó sin palabras. Una cosa sabía: aquella era la criatura más hermosa que jamás había visto.

Podemos imaginar el interés que despertó en Adán la belleza de Eva. Entendió en ese momento que «no fue creado para que viviese en soledad. […] Sin compañía, las bellas escenas y las encantadoras ocupaciones del Edén, no hubiesen podido proporcionarle perfecta felicidad. Aun la comunión con los ángeles, no hubiese podido satisfacer su deseo de simpatía y compañía».[1] Hasta la creación de Eva, «no existía nadie de la misma naturaleza y forma a quien amar y de quien ser amado».[2] No es de extrañar que, al abrir los ojos, Adán estuviese profundamente interesado en Eva. No podía ser de otra manera.

Al principio no fue así

Como bien sabemos, fue Dios el que celebró la primera boda. Allí, en el jardín del Edén, cuando todo era perfecto y no había mancha de pecado en toda la creación, Dios unió en sagrado matrimonio a sus dos recién creadas criaturas. Junto al sábado, el matrimonio representa las dos instituciones dadas al hombre antes de la caída como reflejo del amor que hay en el corazón del Creador.

Todavía hoy, el matrimonio puede llegar a ser una bendición si se reconocen y cumplen los principios divinos ya que «salvaguarda la felicidad y la pureza de la raza, satisface las necesidades sociales del hombre y eleva su naturaleza física, intelectual y moral».[3] Junto al apóstol, podemos declarar que «*Honroso es en todos el matrimonio*» (Heb. 13: 4).

Lamentablemente, al igual que todo lo creado, el matrimonio se vio afectado por la entrada del pecado en este planeta. Jesús tuvo que recordar la importancia del matrimonio añadiendo al «*por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre*» (Gén. 2: 24) la frase tan repetida en bodas: «*Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre*» (Mat. 19: 6, CST).

«Jesús vino a nuestro mundo para rectificar errores y restaurar la imagen moral de Dios en el hombre. En la mente de Israel habían hallado cabida sentimientos erróneos acerca del matrimonio. Ellos estaban anulando la sagrada institución. El hombre estaba endureciendo de tal manera su corazón que por la excusa más trivial se separaba de su esposa, o si prefería, la separaba a ella de los hijos y la despedía. Esto era considerado como un gran oprobio y a menudo imponía a la repudiada sufrimientos agudísimos».[4]

Lo que tendría que ser la «antesala del cielo» se había convertido en un verdadero infierno aquí en la tierra. El ataque del enemigo había centrado su interés en destruir las sagradas instituciones dadas a la humanidad para eliminar el rastro del Creador en las criaturas. Al igual que se pisotea la sacralidad del matrimonio, también se ridiculiza la verdad sobre el matrimonio.

Es obvio que en una sociedad en la que palabras como «compromiso», «esfuerzo» o «fidelidad» parecen estar pasadas de moda, debemos unir nuestra voz a la de Jesús y decir: «*al principio no fue así*» (Mat. 19: 8). Lo que estaba ocurriendo en los tiempos de Jesús se ha multiplicado en nuestros días. La sociedad evidencia no haber encontrado el camino hacia el matrimonio feliz, pero Dios sí.

La iglesia como esposa

En el relato del Génesis escuchamos las palabras «*No es bueno que el hombre esté solo*» (Gén. 2: 18). En el Nuevo Testamento leemos que Cristo ama a la igle-



Óscar López
Presidente
de la Unión Adventista Española



sia como si fuera su esposa (Efe. 5: 25). Si el ejemplo de Adán abriendo los ojos nos llama la atención, más debería llamarnos la atención el ideal que Dios propone para el matrimonio al usar el ejemplo del propio Jesús. Él ama, redime, salva, perdona, limpia y purifica a la iglesia. Jesús da su vida por la iglesia. El apóstol Pablo, escribiendo a los creyentes de Filipos, les dijo: «*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús*» (Fil. 2: 5).

Si Jesús amó a la iglesia, «*ve y haz tú lo mismo*».

Si Jesús redime a la iglesia, «*ve y haz tú lo mismo*».

Si Jesús salva a la iglesia, «*ve y haz tú lo mismo*».[5]

El espíritu de profecía nos dice que «el matrimonio es una unión para toda la vida y un símbolo de la unión entre Cristo y su iglesia. El espíritu que Cristo manifiesta hacia su iglesia es el espíritu que los esposos han de manifestar el uno para con el otro. Si aman a Dios en forma suprema, se amarán el uno al otro en el Señor; siempre se tratarán con cortesía y obrarán en cooperación. En su abnegación mutua y sacrificio de sí mismos, serán una bendición el uno para el otro [...]». [6]

¿Significa esto que en un matrimonio cristiano no vaya a haber problemas? ¡De ninguna manera! Lo que quiere decir es que el hombre y la mujer cristianos, al unir sus vidas en el sagrado vínculo del matrimonio, tienen las mejores posibilidades de formar un matrimonio feliz porque cuentan con una tercera persona, Jesucristo. La relación de ellos con el Señor y el fruto de la presencia del Espíritu en sus corazones hace que el matrimonio fructifique a pesar de las dificultades que puedan encontrar en la vida.

El matrimonio cristiano cuenta con la poderosa ventaja de leer la Palabra de Dios. Allí encontramos preciosos consejos. Tomemos el caso de la comunicación, tan esencial en un matrimonio. Leemos:

«*Sepan, mis amados hermanos: Todo hombre sea pronto para oír, lento para hablar y lento para la ira*» (Sant. 1: 19, RVA-2015).

«*El que responde antes de oír comete insensatez y deshonra*» (Prov. 18: 13, RVA-2015).

«*En las muchas palabras no falta pecado, pero el que refrena sus labios es prudente*» (Prov. 10: 19, RVA-2015).

¿Son de ayuda estos consejos?

Interés en el otro

Dos puercoespines se mudaron a Alaska. No estaban acostumbrados al frío, así que, cuando llegaron las primeras nevadas, sintieron la necesidad de acercarse el uno al otro. Sin embargo, cuando estaban juntos empezaban a molestarse con sus largas púas. Decidieron separarse, pero al hacerlo, volvieron a sentir la intensidad del frío. Entendieron que, para estar bien, tendrían que aprender a ajustarse y a adaptarse el uno al otro.

Esta pequeña fábula, que podría ilustrar la realidad de muchos matrimonios, nos hace ver que la adaptación entre los cónyuges es vital y resulta más sencilla si en sus corazones habita Jesús. El texto de Filipenses citado anteriormente viene precedido por las siguientes palabras: «*[...] teniendo el mismo parecer, un mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por rivalidad o por vanidad; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás*» (Fil. 2: 2-4, RVA-2015).

El apóstol Pablo escribió: «*Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Soportaos unos a otros y perdonaos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Sobre todo, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto*» (Col. 3: 12-14). Es la única manera. El amor cubre multitud de faltas (1 Ped. 4: 8). El matrimonio es una escuela donde se fomenta la relación íntima entre un hombre y una mujer para poder aprender acerca de la naturaleza plural de Dios.

En la relación del hombre y la mujer, Dios quería un grado de unidad, intimidad y unicidad que pudieran revelar a las criaturas la naturaleza insondable del Creador. La Biblia revela claramente que la mujer no fue creada como propiedad del hombre, sino como compañera. A este respecto, Elena White escribió: «Dios mismo le dio a Adán una compañera. Le proveyó de una "ayuda idónea para él", alguien que realmente le correspondía, una persona digna y apropiada para ser su compañera y que podría ser una sola con él en amor y simpatía. Eva fue creada de una costilla tomada del costado de Adán; este hecho significa que ella no debía dominarlo como cabeza, ni tampoco debía ser humillada y hollada bajo sus plantas como un ser inferior, sino que más bien debía estar a su lado como su igual, para ser amada y protegida por él. Siendo parte del hombre, hueso de sus huesos y carne de su carne, ella era su segundo yo; y quedaba en evidencia la unión íntima y afectuosa que debía existir en esa relación».[7]

Es necesario volver al origen, a Dios. Él nos creó con una profunda necesidad social que encuentra su máxima expresión en el contexto original del matrimonio, donde el hombre lo es todo para la mujer, y la mujer lo es todo para el hombre. Juntos, en esta relación de amor y dependencia, son la imagen del Dios Creador.

Necesitamos del Espíritu Santo en nuestra vida. Necesitamos una manifestación clara de su fruto en nuestro diario vivir. Hoy queremos afirmar nuestra necesidad del Espíritu para poder vivir la norma que se nos propone en Mat. 7: 12: «*Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos, pues esto es la Ley y los Profetas*».

Queremos matrimonios en los que el amor hacia el prójimo sea la norma y no la excepción.

Queremos familias en las que la comunicación sea fluida, positiva y alentadora.

Queremos hogares que sean una «antesala del cielo» aquí en la tierra.

[1] Elena White, *Cartas a jóvenes enamorados*, pág. 11.
[2] *Ibid.*
[3] Elena White, *Patriarcas y profetas*, pág. 26-27.
[4] Elena White, *El hogar cristiano*, pág. 310.
[5] Lucas 10: 37.
[6] Elena White, *El hogar cristiano*, pág. 82.
[7] Elena White, *Cartas a jóvenes enamorados*, pág. 11.

La comunicación

«*Entonces dijo Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza [...]". Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó*» (Gén. 1: 26-27).

Desde el principio, la familia humana fue creada a semejanza de Dios. Esta huella divina tiene una parte relacional y, por lo tanto, se ejercita a través de la comunicación. El decreto divino preveía la creación del hombre y de la mujer como precursores de toda la humanidad.

Dios creó a Adán y lo puso en el Jardín del Edén. Sin embargo, aunque estaba en un ambiente perfecto (Gén. 2: 8) y tenía una gran cantidad de actividades para darle sentido a su existencia (Gén. 2: 20), experimenta rápidamente la soledad. La relación con Dios, su Creador y con el medio ambiente era excelente, pero Adán sintió la necesidad de un ser como él para comunicarse. Esta necesidad es enunciada por Dios en Génesis 2: 18: «*Y dijo Dios el Eterno: "No es bueno que el hombre esté solo. Le haré una ayuda idónea para él"*».

Elena White subraya en relación con este momento: «El hombre no fue creado para que viviese en la soledad; había de tener una naturaleza sociable. Sin compañía, las bellas escenas y las encantadoras ocupaciones del Edén no hubiesen podido proporcionarle perfecta felicidad. Aun la comunión con los ángeles no hubiese podido satisfacer su deseo de simpatía y compañía. No existía nadie de la misma naturaleza y forma a quien amar y de quien ser amado».[1]

Y esta situación se solucionó con la creación de Eva: «*De la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre*» (Gén. 2: 22). Los dos primeros capítulos de la Biblia muestran una progresión en los actos creadores de Dios: el hom-



Sergiu Gavril
Pastor de la Iglesia Adventista en Madrid



bre, la mujer, la familia y luego el sábado, un día especial, para desarrollar las relaciones y la comunicación entre la pareja y con el Creador.

Dios es el mejor comunicador

La necesidad y la capacidad de comunicarnos son manifestaciones de la imagen divina en nosotros. Como pareja y como padres podemos aprender mucho en esta área. Nuestro Dios se revela en el contexto del pacto a través de dos imágenes muy familiares: como marido en relación con su pueblo y como padre en relación con sus hijos. Como consecuencia, toda la Escritura es testigo de los repetidos intentos de Dios por comunicarse con nosotros y transmitirnos su amor. Descubrimos así que él **toma la iniciativa de la comunicación**. Esto es evidente en el contexto de la caída: «*Pero Jehová Dios llamó al hombre, y le preguntó: "¿Dónde estás?"*» (Gén. 3: 9) y se repite en muchos otros casos en toda la historia de la salvación. Dios da el primer paso, pronuncia las primeras palabras.

En muchos lugares, el Señor se revela como aquel que **expresa abiertamente su amor** por nosotros: «*Hace mucho tiempo se me apareció el Señor y me dijo: "Con amor eterno te he amado; por eso te sigo con fidelidad"*» (Jer. 31: 3, CST). Que nuestra respuesta sea: «*Te amo, oh Señor, fortaleza mía*» (Sal. 18: 1).

En el contexto de nuestra desobediencia, Dios **persiste en la comunicación**. Con paciencia y amor espera una respuesta, se repite y busca nuevas formas de comunicarse con nosotros. Así comienza la carta a los Hebreos: «*Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas*» (Heb. 1: 1). La historia de nuestra salvación también se puede ver como una manifestación de los esfuerzos divinos permanentes para transmitirnos las Buenas Nuevas en cualquier forma posible, a través de la revelación general (la naturaleza) y la especial (la Biblia y Jesucristo).

Más allá de las palabras, Dios **se comunica a través de hechos** y cuando vino el cumplimiento del tiempo, lo hizo de una manera aún mejor: a través de la encarnación y la cruz. Juan subraya este aspecto de la encarnación: «*Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como unigénito del Padre*» (Juan 1: 14). La venida del Salvador aquí, para nosotros, y su sacrificio supremo, son las expresiones más profundas del amor divino. Lo que sucedió hace dos mil años en la cruz nos habla, y hablará para siempre, del amor infinito de Dios.

Historias de fracaso en la comunicación

Desafortunadamente, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se encuentran muchas familias en las que es patente la falta de comunicación o se aprecian modelos incorrectos de comunicación. Por ejemplo, la primera tentación aparece en el momento en que Eva se encuentra sola, contemplando el fruto prohibido. Y justo después de la caída en el pecado, aparece el aislamiento: «*me escondí*» (Gén. 3: 10), en palabras de Adán, en lugar de «nos hemos escondido». Acto seguido pasan a la acusación (Gén. 3: 12). La historia de Lot es también una historia de fracaso en la comunicación entre su esposa y él, y entre él y los yernos que se quedaron en Sodoma (Gén. 19: 14). Más tarde, el conflicto entre Jacob y Esaú tiene como principio la falta de comunicación entre sus padres, Isaac y Rebeca (Gén. 27). Estos ejemplos, lejos de ser los únicos, muestran que, muchas veces, la buena comunicación puede faltar incluso en las familias de los creyentes, poniendo en evidencia a las familias felices (Abraham y Sara, Noé y su familia, Aquila y Priscila, etc.).

La comunicación en la familia hoy: desafíos y soluciones

Lo que Dickens afirmó en el siglo XIX, sigue siendo igual de válido para nuestros días cuando se habla de la comunicación: «Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto».[2]

Vivimos los mejores tiempos para la comunicación. Las empresas de telefonía móvil ofrecen llamadas ilimitadas y, por si fuera poco, también hay ofertas «en familia» o «entre amigos». Tenemos 3G y 4G, WhatsApp, Facebook, y muchas otras aplicaciones cuya finalidad es facilitar la comunicación. En una simple búsqueda en Amazon aparecen más de 21.000 libros sobre la comunicación en general, y más de 360 libros especializados en comunicación familiar. En inglés hay más de 250.000 libros

sobre la comunicación en general y 9.673 sobre la comunicación en la familia.[3]

Esto nos revela la sensibilidad y preocupación sobre este tema. Vivimos los tiempos más difíciles de la historia humana para la familia en general y para la comunicación en especial. La tecnología y las redes sociales han conseguido crear una cultura del aislamiento. Se ha facilitado la comunicación superficial en detrimento de una comunicación personal profunda y estable. El último *Informe de Evolución de la Familia en España* (2016) muestra esta preocupante realidad: el número de bodas es cada vez menor, y entre las que se celebran aumenta el porcentaje de divorcios. Actualmente la proporción es de 7 divorcios por cada 10 bodas.[4]

Teniendo en cuenta la realidad que estamos viviendo, necesitamos acudir a Dios en búsqueda de sabiduría y poder para actuar. Como familias, necesitamos dedicar un tiempo exclusivamente para la comunicación entre los esposos, además de un tiempo diario dedicado a la comunicación entre padres e hijos. En ese tiempo es fundamental eliminar las distracciones, dejando para otro momento el móvil y los mensajes «importantes». Las actividades en conjunto y hobbies comunes pueden elevar el nivel y la calidad de la comunicación.

Por otro lado, también es muy importante encontrar el lenguaje adecuado (especialmente cuando se trata de comunicación padres-hijos), desarrollar habilidades para comunicarse de manera eficaz y aprender a escuchar, tal y como aconseja el apóstol Santiago: «*Todos debéis estar listos para escuchar, y ser lentos para hablar y para enojaros*» (Sant. 1: 19, CST). La mayoría de los libros que tratan el tema de la comunicación familiar traen consigo suficientes principios y soluciones prácticas en este sentido. El desafío se encuentra en decidirnos a pasar de la teoría a la práctica.

Finalmente, comunicar significa más que transmitir información. La familia es el lugar en el que mostramos los sentimientos, los temores, los sueños, los éxitos y los fracasos. Es necesario que los niños estén incluidos en este cuadro, no como accesorios o meros oyentes, sino como partes activas. Es en la familia donde aprenderán las primeras y mejores lecciones sobre la comunicación. Elena White declara: «En el hogar es donde ha de empezar la educación del niño. Allí está su primera escuela. Allí, con sus padres como maestros, debe aprender las lecciones que han de guiarlo a través de la vida: lecciones de respeto, obediencia, reverencia, dominio propio. Las influencias educativas del hogar son un poder decidido para el bien o para el mal».[6]

Hemos sido creados con la necesidad y la capacidad de comunicarnos, y esto no es solo el instrumento por medio del cual podemos expresar nuestras expectativas e identificar los problemas existentes, sino que también es el mejor y muchas veces el único tratamiento: «*la lengua de los sabios es medicina*» (Prov. 12: 18).

[1] Elena White, *Patriarcas y profetas*, pág. 26.
[2] Dickens, C., (1859), *A tale of two cities*, pág. 3.
[3] Amazon, (2017), recuperado el 30 de noviembre de 2013 de www.amazon.es
[4] Instituto de política familiar, (2017), *Informe de Evolución de la Familia en España* 2016, recuperado el 1 de noviembre de 2013 de http://www.ipfe.org/España/Documento/105.
[5] Balswick, J. O., Balswick, J. K., (2006), *The Family*, Baker Academy, Grand Rapids, MI, pág. 73.
[6] Elena White, *La educación cristiana*, pág. 154.

«Más allá de las palabras, Dios se comunica a través de hechos y cuando vino el cumplimiento del tiempo, lo hizo de una manera aún mejor: a través de la encarnación y la cruz».



La alegría

Remus Soare
Pastor de la Iglesia Adventista en Valencia y Castellón

En la dinámica de una familia sana y feliz es capital la experiencia religiosa compartida, pero también tienen una gran relevancia la vivencia lúdica y la celebración. El juego sano y las fiestas saludables consolidan la familia y aumentan la felicidad de quienes la componen. Estas dimensiones forman parte de la misma fibra del ser humano, tal como fue creado por Dios.

Hacia una teología del juego

Dios no está en contra del juego y la recreación, pues instituyó un calendario de fiestas para que su pueblo se juntase, por familias, en adoración y comunión. El deleite y el juego eran parte integral de ese magnífico y sabio proyecto.

Respecto a la recreación Proverbios 8: 30-31 nos revela: «*Allí estaba yo, fielmente, a su lado. Yo era su constante fuente de alegría, y jugueteaba en su presencia a todas horas; jugueteaba en el mundo creado, ¡me sentía feliz por el género humano!*» (DHH). También los comentadores del Talmud, al interpretar el versículo 26 del Salmo 104, inciden en el aspecto de un Dios que juega con el leviatán, lo que la mayoría de versiones traducen acertadamente: «*Allí andan las naves, allí el leviatán que hiciste para que jugase en él*». Por desgracia, a veces se envuelve a Dios en una sobriedad exacerbada, olvidando detalles significativos como este, que revelan hermosos momentos de gozo con un Dios que juega durante la creación y con sus criaturas.

El ideal de Dios para el universo de la infancia es el juego. Cuando Zacarías, mirando proféticamente, sacudió de sus párpados el polvo de la cautividad babilónica y vio la Jerusalén reconstruida, antes de reproducir la grandeza de la adoración de los adultos en el templo, describió el ideal de la actividad de los niños: «*Y las calles de la ciudad estarán llenas de muchachos y muchachas que jugarán en ellas*» (Zac. 8: 5).

Cuando los niños juegan en paz por las calles, esperando el llamado de las madres para comer, Dios considera que las cosas están en orden en la ciudad. Una de las principales preocupaciones divinas antes del cautiverio babilónico fue la falta de ese juego de los niños en las calles. Jeremías 6: 11 reproduce esta conmoción en las siguientes palabras: «"*Estoy lleno de tu ira, Señor; ya no puedo contenerla.*" *El Señor me dijo: "Derrámala sobre los muchachos en la calle, sobre las pandillas de jóvenes*"». Esta vez la expresión hebrea «niño de la calle» no es la misma que usó Zacarías sino que tiene en realidad otro significado. Por esto no provoca la sonrisa de Dios sino su ira. Los niños del tiempo de Jeremías llegaron a ser niños callejeros



en el sentido de vivir en la calle en vez de en sus hogares, lo que supone un fuerte deterioro de los hogares. Los niños no estaban en las calles para jugar, sino porque habían abandonado a sus familias.

Si Dios juega con naturalidad y nosotros hemos sido creados a su imagen, nuestra tendencia natural es a disfrutar del juego. Esto es teología materializada, vivencial y un elemento clave del ministerio. La vitalidad de la fe tiene que ser expresada en experiencias vivas, creativas y llenas de juego. Por desgracia, algunos piensan que, si algo es divertido o feliz, no puede venir de Dios. Para ellos, la perspectiva de que algo sagrado pueda despertar alegría, e incluso carcajadas de pura felicidad, es difícil de contemplar. Si la iglesia asumiera una correcta teología del juego, las cosas nos irían mejor aquí en la tierra, en las familias, y las promesas del Señor y el cielo tendrían mucho más significado. El juego es un elemento más de conexión y de retorno a Dios.

Hacia una atmósfera divertida de familia

Muchas familias e iglesias vagaron por valles de sombras de muerte por asociar la noción de sacralidad únicamente a un Dios sobrio e intransigente. Las iglesias protestantes generalmente pagan un costoso tributo a la ética puritana del trabajo. Esta ética disminuye la receptividad de las personas a la alegría y genera una falsa noción sobre el espíritu lúdico, considerándolo una pérdida de tiempo. En cambio, el trabajo es considerado casi un ritual sagrado.

Nosotros no estamos muy lejos de esta filosofía puritana de la vida. Muchos años atrás pregunté a algunos jóvenes, de manera individual, cuáles eran los recuerdos de su juventud que conservan con más cariño, relacionados con sus padres. Más de 60% respondieron que no pueden recordar momentos especiales de felicidad asociados a sus padres. El recuerdo de los padres generalmente estaba relacionado con su trabajo, hecho que les hacía ausentarse todo el día de casa. En cambio, todos los jóvenes que pudieron encontrar fácilmente en los cajones de memoria momentos felices relacionados con sus padres los asociaban con los ratos en los que habían jugado con ellos.

La conclusión es más que evidente. Nos dedicamos a trabajar, quemando la vela por ambos extremos, con el deseo de proveer el mejor sustento para nuestros hijos, pero no nos queda tiempo para algo que también es esencial: jugar con ellos. Será una triste sorpresa descubrir, años después, que ellos no apreciaron tanto lo que les ofrecimos, sino cómo se lo ofrecimos. Los resultados de dos preguntas de una encuesta publicada en 2015 en *FamilyFun Magazine* son relevantes:

- 88% respondieron que un juego familiar una noche a la semana haría a la familia mucho más feliz que una televisión nueva con gran pantalla, que solo preferiría un 12%.
- 71% de las familias preferiría disfrutar de unas vacaciones juntos a la alegría de renovar el salón.

Los antiguos chinos construyeron la gran muralla para protegerse contra los invasores. Pero la historia dice que no sirvió de mucho, pues los invasores lograron atravesarla muchas veces, sin romperla, saltarla ni hacer un túnel, sino sobornando a los guardias y entrando por las puertas. Los chinos estuvieron tan involucrados en la construcción del muro que no tuvieron tiempo para sus hijos. El resultado fue la traición de éstos últimos cuando crecieron y se convirtieron en guardianes porque no se sentían tan unidos a sus antepasados.

Ideas para aumentar la felicidad del hogar

La familia cristiana puede aumentar exponencialmente su bienestar. Estas son algunas sugerencias que pueden ayudarte en tu viaje hacia una mayor felicidad en tu hogar:

- *Multiplicar las fiestas.* En lugar de celebrar el cumpleaños una vez al año, compra un pastel más grande y córtalo por la mitad. Así, una mitad la sirves el día del cumpleaños, y la otra mitad la pones en el congelador para servirlo a mitad del año. Incluso lo puedes cortar en más trozos, dependiendo de cuántas veces quieras celebrar el cumpleaños. Pongo la celebración de cumpleaños como ejemplo, porque normalmente supera a todas las demás fiestas en intensidad emocional. Si no estás de acuerdo con esta declaración, intenta olvidarte del cumpleaños de tu hijo/a una vez, ¡y te convencerás en seguida! Y no es necesario limitarse a este tipo de celebración. Se pueden celebrar también las notas escolares de los niños (sean las que sean), un día hermoso, el altruismo, la misión, etc. El límite de las fiestas familiares lo pone nuestra creatividad particular y nuestras ganas de celebrar fiestas.
- *Revivir la luna de miel.* Al menos una vez al año, viaja con tu pareja a un lu-

«La vitalidad de la fe tiene que ser expresada en experiencias vivas, creativas y llenas de juego».





gar que nunca antes habíais visitado. Haz que este viaje sea un revivir de la luna de miel, ¡aunque esta vez sea con niños! El encanto de un lugar nuevo ya garantiza mayores emociones. Agrega a esto sorpresas para toda la familia. El lugar elegido no necesita ser costoso ni exótico, sino simplemente nuevo, con tiempo de descansar y con algunas cosas para hacer juntos. Entre las actividades que generan más felicidad en la familia, los padres y los niños siempre han valorado las vacaciones juntos.

- *Hacer que el tiempo de juego sea intocable e innegociable.* Imponte dedicar tiempo para el juego con tus hijos. Y aprende a relajarte en ese tiempo para vivir el momento. Juega con tus hijos y que ese tiempo tenga prioridad absoluta. Existen libros de juegos para familias. Internet también ofrece muchos recursos. Y si no tienes niños, juega con tu pareja. Los que no desean jugar tendrán dificultades para defender su posición con la Biblia. Isaac jugó con Rebeca (Gén. 26: 8) y la Sulamita (Cant. 2: 8) también jugó al escondite por los fragantes montes.
- *Multiplicar las oportunidades para reír.* Nancy van Pelt es una de las grandes especialistas adventistas sobre el tema de la familia. En un seminario en Bucarest, aconsejó reír por lo menos diez veces al día, de las cuales, una de ellas debería ser a carcajadas. También reveló el valor terapéutico de la risa en el mismo seminario, señalando que en el Hospital de Loma Linda hay un departamento de terapia de la risa. Esto no debería sorprender a nadie, ya que la Biblia dice: «*El corazón alegre es una buena medicina*» (Prov. 17: 22).
- *¡Atención a la dieta!* Los estudios muestran una disminución del 30% al 50% de los casos de depresión cuando las personas siguen una dieta sana y equilibrada.

Existe una tendencia innata de los seres humanos para recuperar la alegría de vivir. Para la iglesia es esencial promover dichas actividades y actitudes si se quieren reforzar los lazos entre sus miembros y promover la felicidad dentro de las familias.

El respeto



«Respeto», del latín *respectus*, señala 'una mirada atenta, consideración, atención'. El respeto reconoce el derecho ajeno, con la deferencia que se debe a las otras personas, incluso aunque piensen y actúen de forma distinta. Este es el camino que Dios siguió con su creación. La respetó profundamente, porque en su preconocimiento aceptó crear a seres que sabía que, un día, pensarían y actuarían de forma contraria a la suya (Eze. 28: 15).

El libre albedrío con el que Dios dotó a todas las inteligencias del universo es la mejor muestra de este respeto. Él «desea de todas sus criaturas el servicio que nace del amor, de la comprensión y del aprecio de su carácter. No halla placer en una obediencia forzada, y otorga a todos libre albedrío para que puedan servirle voluntariamente».[1]

Mucho antes de crearlos, en su omnisciencia, Dios vio cómo un tercio de los ángeles del cielo se rebelarían contra él y lo clavarían en la cruz (Gén. 3: 15; Apoc. 12: 4). Pero este preconocimiento no limitó al Creador. Puso sumo cuidado en proveer a sus criaturas de una inteligencia excepcional y una apariencia personal de gran belleza. De Lucifer, el gran caudillo rebelde, se dice que era «*el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y de acabada hermosura. […] De toda piedra preciosa era tu vestidura: de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro. […] Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor*» (Eze. 28: 12-13, 17).

Para no rebajar ni un ápice el respeto que tiene a sus criaturas, descubrimos, asombrados, que Dios fija en sí mismo los cánones de perfección que usa en la creación del hombre. «*Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó*» (Gén. 1: 27). Con ello, el Creador estaba aplicando a sus criaturas el principio de reciprocidad que milenios después Jesús explicó a sus contemporáneos: «*Tratad a los demás tal y como queréis que ellos os traten a vosotros*» (Luc. 6: 31, CST). Esto es respeto en acción, predicado con el ejemplo, porque Cristo no nos pide nunca nada que él no hubiese hecho antes con sus criaturas.

El respeto del Creador a los enemigos

Jesús fue todavía más lejos, planteando que el amor y el respeto deben darse también a los enemigos, sin esperar nada a cambio. «*Amad, pues, a vuestros enemigos, haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso*» (Luc. 6: 35-36).

Aunque sabía que Adán y Eva se rebelarían contra él, les proveyó de una mente y un cuerpo perfecto, dotado con muchos sentidos que les permitiesen disfrutar plenamente en un entorno de belleza excepcional. Pero su fascinante amor y respeto por el enemigo todavía fue más lejos. Nuestro mundo y todo lo que contiene fue creado bajo las premisas de lo que hoy los fabricantes de vehículos llaman «diseño de deformación programada». Consiste en prever las fuerzas de un impacto sobre el vehículo, diseñando la carrocería con una parte indeformable que proteja a los ocupantes, y de una parte deformable que absorba la energía del golpe. Para ello, emplean en la estructura distintos tipos de acero, piezas con una geometría determinada, muescas, acanaladuras y perforaciones. Con eso se debilita o refuerza una determinada zona o punto de la pieza para que, ante un impacto, se funda y se deforme como los ingenieros quieren que lo haga. No es que el diseñador quiera el impacto, pero bajo la belleza deslumbrante del vehículo y previendo lo que pueda suceder, prepara una serie de medidas protectoras que solo se revelarán bajo la violencia del choque.

Dios previó que el pecado sería un impacto mortal en el ser humano. Podía dejarle morir agónicamente bajo las consecuencias de lo que su desobediencia había provocado, o crear medidas de protección que

Sergio Martorell
Pastor de la Iglesia Adventista y Secretario de la Unión Adventista Española



se activarían frente a la caída y mitigarían las deformaciones del mal. ¿Pero por qué hacerlo con un enemigo? Por un incomprensible amor y respeto.

Con un «*no es bueno que el hombre esté solo*» (Gén. 2: 18), Dios planeó la vida en pareja, la sexualidad, los hijos y la familia como medidas que ligarían al hombre con sus semejantes con fuertes cuerdas de amor (psíquicas, sentimentales y físicas), frente al terrible impacto de la separación y la soledad que provoca el pecado.

Después de la caída, Dios reveló algunas de las muchas medidas de deformación programadas, prediseñadas para proteger al hombre. Siempre nos parecieron consecuencias dañinas del pecado, pero estaban previstas para que se activaran en un medio hostil. El miedo fue la primera emoción que sintieron Adán y Eva después de pecar. ¿Qué pasaría si no tuviéramos miedo a nada? Viviríamos de forma tan temeraria que pondríamos en peligro nuestra vida y moriríamos en pocos días.

¿Qué decir del dolor que aparece con el pecado? Es omnipresente, desde nuestro nacimiento, todos los días de nuestra vida. Sin embargo, el dolor lo provocan los mismos terminales nerviosos que nos dan placer, tacto, gusto, vista y oído. El dolor surge como un grito que nos protege ante los golpes, los cortes, las quemaduras, las enfermedades o las agresiones que, sin advertencia, nos llevarían rápidamente a la muerte. Esto se ve, por ejemplo, en los leprosos, la falta de sensibilidad y dolor hace que se hieran, se quemen o se les infecten las heridas sin darse cuenta, hasta la automutilación.

Lo mismo podríamos decir del sudor, la menstruación, incluso la muerte, donde Dios, en su misericordia, permite un fin, dándonos descanso ante la constante tribulación que provoca el pecado. El mismo diseño de deformación programada se da en toda la naturaleza. Las espinas en las plantas, los animales impuros (carnívoros, carroñeros y basureros), los millones de moscas que ponen sus huevos en excrementos y cadáveres que contaminarían la tierra, y un larguísimo etcétera; son las adaptaciones a un medio hostil, prediseñados, para mantener en equilibrio delicadísimos ecosistemas en medio de un mundo imperfecto. Todo ello nos revela el profundo amor y respeto de Dios, incluso por sus enemigos.

El respeto en la ley de Dios

Dios ha basado su gobierno en la libertad de elección por respeto a sus criaturas. Dicha libertad se desarrolla en el marco de una ley eterna e inmutable que rige todo el universo. La ley se extiende a la química, la física, las matemáticas, la biología, la ecología, la moral… Todas son perfectas e inmutables y el más mínimo cambio en cualquiera de ellas significaría el caos en nuestro planeta. Es el efecto del pecado en la naturaleza y en el hombre.

Santiago llama a los Diez Mandamientos «la ley de la libertad». Porque respetando esa ley seré libre, y transgrediéndola seré esclavo del pecado, «*pues el pecado es la transgresión de la Ley*» (1 Juan 3: 4). La libertad se obtiene respetando a Dios en los cuatro primeros mandamientos; respetando a la familia en el quinto mandamiento; y respetando al prójimo en los cinco mandamientos restantes. De esta manera, el orden de prioridades pone a Dios primero, luego la familia y después el resto de la sociedad.

El quinto mandamiento es la bisagra central entre el respeto a Dios y el respeto a la sociedad. Nacemos en una familia y es a través del respeto al padre, a la madre, a los hermanos, abuelos y demás miembros que la componen, que el niño aprende el respeto a Dios y al prójimo. «*Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová, tu Dios, te da*» (Éxo. 20: 12).

Honrar es sentir y mostrar respeto por una persona. Proviene del término hebreo *kabad* y significa 'honor; respeto; gloria; gran cantidad; multitud; tener peso; riqueza; reputación; esplendor'. En griego «honrar» se traduce del verbo *timao*, que implica 'respeto hacia alguien, tenerlo en gran estima, aprecio y de gran valor'. Es un verbo de acción, porque la honra, el respeto, se expresa con palabras y hechos. A través del respeto al padre y a la madre, el hijo aprenderá el respeto propio, el respeto a Dios y el respeto al prójimo (hermanos, cónyuge, vecinos).

Isaac como ejemplo de respeto

Isaac es un personaje bíblico en el que se dan todas esas facetas de respeto. Cuando, con más de veinte años, se deja atar por su anciano padre y se echa sobre el altar para ser ofrecido como holocausto, descubrimos el fascinante respeto de Isaac por su padre y por Dios, quien había hecho la petición. Este hijo cumplió ampliamente el quinto mandamiento y también Levítico 19: 32: «*Ante las canas te levantarás y honrarás el rostro del anciano. A tu Dios reverenciarás. Yo Soy el Eterno*» (NRV1990). ¿Cómo inculcaron Abraham y Sara este respeto en su hijo? Elena White nos da una pista importante:

«Ni una sola vez debiera tolerarse la impertinencia en un niño. Sin embargo, padres y madres, tíos y tías y abuelos se ríen cuando un niñito de un año manifiesta su ira. Su expresión imperfecta de falta de respeto, su terquedad pueril, son tomadas como algo divertido. Así se confirman los hábitos erróneos y

el niño crece para convertirse en un objeto de disgusto para todos los que lo rodean».[2]

Isaac confió plenamente en la elección de su padre terrenal y su padre celestial a la hora de buscar esposa. «*Isaac había salido al atardecer, al campo a orar. Y al alzar sus ojos vio los camellos que venían. Rebeca también alzó sus ojos, y vio a Isaac, y descendió del camello. Porque había preguntado al criado: "¿Quién es ese hombre que viene por el campo hacia nosotros?" Y el siervo le había respondido: "Este es mi señor". Ella entonces tomó el velo y se cubrió.*» (Gén. 24: 63-65, NRV1990). En todos estos gestos vemos un profundo respeto por el otro.

Se ha dicho que el respeto en el matrimonio es como el agua que riega el jardín del amor conyugal. Es en el respeto a la dignidad del ser amado donde surge el amor conyugal verdadero, el que viene de Dios, el que ha regalado a cada una de sus criaturas, y el respeto que Dios mismo tiene por cada uno de nosotros. Por esto se dice que «*Isaac la llevó a la tienda de su madre Sara. Recibió a Rebeca por esposa y la amó*» (Gén. 24: 67, NRV1990).

Por ello, tanto el apóstol Pablo como el apóstol Pedro nos advierten sobre el respeto que debe reinar entre el esposo y la esposa (Efe. 5: 22-33; 1 Ped. 3: 1-2, 7), y Elena White lo ratifica: «Si se cumple la voluntad de Dios, ambos esposos se respetarán mutuamente y cultivarán el amor y la confianza. Cualquier cosa que habría de destruir la paz y la unidad de la familia debe reprimirse con firmeza, y debe fomentarse la bondad y el amor. El que manifieste un espíritu de ternura, tolerancia y cariño notará que se le reciproca con el mismo espíritu. Donde reina el Espíritu de Dios, no se hablará de incompatibilidad en la relación matrimonial. Si de veras se forma en nosotros Cristo, esperanza de gloria, habrá unión y amor en el hogar. El Cristo que more en el corazón de la esposa concordará con el Cristo que habite en el marido. Se esforzarán juntos por llegar a las mansiones que Cristo fue a preparar para los que le aman».[3]

El capítulo 26 del Génesis relata que Isaac tuvo que cavar muchos pozos, porque sus vecinos, los filisteos, por envidia le cegaban los pozos, o peleaban para arrebatárselos. La respuesta de Isaac siempre fue pacífica y respetuosa, dejando el pozo de la contienda a sus enemigos, marchaba a otro lugar y cavaba otro pozo. Con esto aprendemos que el camino del respeto pasa muchas veces por negarse a uno mismo, ceder en la contienda y construir nuevos pozos, para seguir regando el jardín del amor al prójimo.

El poeta Jorge Bucay expresa así lo que es el respeto:

Quiero

Quiero que me oigas, sin juzgarme.
Quiero que opines, sin aconsejarme.
Quiero que confíes en mí, sin exigirme.
Quiero que me ayudes, sin intentar decidir por mí
Quiero que me cuides, sin anularme.
Quiero que me mires, sin proyectar tus cosas en mí.
Quiero que me abraces, sin asfixiarme.
Quiero que me animes, sin empujarme.
Quiero que me sostengas, sin hacerte cargo de mí.
Quiero que me protejas, sin mentiras.
Quiero que te acerques, sin invadirme.
Quiero que conozcas las cosas mías que más te disgusten,
que las aceptes y no pretendas cambiarlas.
Quiero que sepas, que hoy,
hoy puedes contar conmigo.
Sin condiciones.



[1] Elena White, *Patriarcas y profetas*, pág. 12.
[2] Elena White, *La conducción del niño*, pág. 270.
[3] Elena White, *El hogar cristiano*, pág. 104.



La humildad

«*La soberbia trae deshonra; pero con los humildes está la sabiduría*» (Prov. 11: 2, NRV1990).

El pan de la humildad

A finales del siglo XVIII, vivió un maestro panadero llamado Justino. Durante las primeras horas de la madrugada, mientras todos dormían, él se afanaba elaborando el pan que las familias disfrutarían en el desayuno. Aunque su negocio era modesto, gozaba de mucha fama en el barrio. Desde muy temprano la gente esperaba en fila frente a su establecimiento para comprar panes de sal, hogazas y roscas, entre otros. También llegaban los repartidores, quienes acomodaban las piezas en cestos que cargaban sobre la cabeza para venderlas en las calles.

Una mañana se presentó en la panadería la prima de Justino. Venía acompañada de un chico de unos doce años. La mujer le informó que su marido acababa de morir y que le traía a su hijo Alfonso para que, por favor, lo empleara como aprendiz. Justino le dio el pésame a su prima y aceptó darle trabajo al muchacho. «Comenzarás mañana», le dijo. La noche siguiente llegó Alfonso. Tras mostrarle el lugar, Justino le explicó cuáles serían sus obligaciones: «Cargarás los sacos de harina y te ocuparás de barrer y limpiar la panadería».

El sobrino interrumpió a su tío y le dijo que, con todo respeto, no estaba allí para hacer la limpieza, sino para preparar pan. Afirmó que no era necesario que le enseñara nada, pues él había visto cómo se hacían las distintas piezas. «Soy un experto», aseguró el muchacho en tono arrogante. Justino sonrió y le dijo: «Muy bien, pues ya que eres un experto, te ocuparás de elaborar unos panes de chapata». Dicho esto, le dio los ingredientes necesarios y lo dejó solo. Un par de horas después, Alfonso abrió la puerta del horno de adobe y sacó el pan que había hecho. Aquellos panes no parecían chapatas, sino pedazos de carbón. «No es culpa mía —se defendió el muchacho—, la harina que me dio usted era de muy mala calidad. Además, el aceite estaba en mal estado». El tío guardó silencio.

Al día siguiente, le ordenó a su sobrino que preparara pan de hamburguesa. El resultado fue aún peor. Sin embargo, el chico tampoco admitió su error. «No es culpa mía —se justificó—, la chimenea de su horno está llena de hollín y lo ahúma todo. Además, la manteca estaba rancia». Justino volvió a guardar silencio.

Al tercer día, el panadero le anunció a su sobrino: «El virrey nos ha hecho un pedido especial. Quiere tres docenas de rosquillas, pues tendrá invitados para desayunar. Y como eres un experto, tú las prepararás. Te daré harina de calidad, huevos frescos y aceite recién comprado». Cuando Alfonso escuchó esto se puso nervioso. «Por cierto, querido sobrino, no sé si sabrás que el virrey tiene muy mal carácter. Un día compró un tonel de vino y como no fue de su agrado, mandó encerrar en una mazmorra al comerciante que se lo había vendido. Pero, claro, eso no es ningún problema para ti, ¿verdad?». Estas últimas palabras hicieron que Alfonso se pusiera aún más nervioso. Comenzó a sudar y las piernas le flaquearon.

Con voz temblorosa, le preguntó a su tío cuánto tiempo había permanecido preso el comerciante de vinos. «Creo que tres meses», respondió Justino con fingida inocencia. Entonces Alfonso le pidió perdón a su tío. Reconoció que no era ningún experto y que con gusto barrería el negocio y le ayudaría a cargar los sacos de harina mientras aprendía el oficio.

Justificación y humildad

Según el premio nobel de literatura Ernest Hemingway: «El secreto de la sabiduría, del poder y del conocimiento es la humildad». El filósofo chino Lao Tse dijo: «Saber que no se sabe, eso es humildad. Pensar que uno sabe lo que no sabe, eso es enfermedad». Salomón, inspirado por Dios, había expresado una relación directa entre la humildad y la sabiduría antes que el escritor y el filósofo: «*La soberbia trae deshonra; pero con los humildes está la sabiduría*» (Prov. 11: 2, NRV1990).

Reconocer los límites personales y los errores no es la práctica habitual del ser humano, pues las considera una muestra de debilidad, y con tal de no tener que asumir la pena, se llena de soberbia y orgullo, empeorando las cosas. Uno de los marcos en los que más resalta la ausencia de humildad es el área del conflicto, sobre todo en familia.

En la historia del Edén encontramos a una pareja muy enamorada. La primera pareja creada, Adán y Eva, vivió en armonía hasta la entrada del pecado. Sin riñas ni peleas, sin castigos ni enfados, sin llantos ni desavenencias… ¡qué felicidad y tranquilidad! Sin embargo, al pecar, lejos de mostrar humildad, ambos se justificaron en lugar de asumir sus errores. Esto les llevó al conflicto.

Elena White comenta hasta qué punto había amor entre la primera pareja cuando escribe: «El amor, la gratitud y la lealtad al Creador, todo fue desestimado

Josué Reta
Pastor de la Iglesia Adventista en Galicia

por amor a Eva. Ella era parte de sí mismo, y Adán no podía soportar la idea de una separación [...] Adán decidió compartir la suerte de Eva; si ella debía morir, él moriría con ella [...] Eva estaba ante él, tan bella, aparentemente tan inocente como antes de su desobediencia. Le expresaba mayor amor que antes».[1]

¿Qué ocurrió con todo ese amor pocos momentos después? «*La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí*» (Gén. 3: 12). ¿Dónde estaba el amor que antes le profesaba? Fue el primer caso de justificación de un acto equivocado. El segundo aparece solo un versículo después: «*La serpiente me engañó, y comí*» (Gén. 3: 13). Sin humildad es imposible resolver conflictos y la armonía familiar se verá destruida por detalles sin importancia, más que por grandes problemas. Sin humildad construiremos muros cada vez más altos.

Sin embargo, vivir con humildad nos llevará a reflexionar, a reconocer nuestro error y a pedir perdón sincero, abriendo una puerta a la resolución del conflicto. Es como Cristo actúa con nosotros. Aun sin ser culpable del conflicto, se involucra en él y nos muestra cuál es la manera de resolverlo. La técnica es la humildad. Pablo lo expresa con palabras preciosas en Filipenses, «*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*» (Fil. 2: 5-8). Para poder crecer en Cristo en familia hay que hacerse pequeño.

El psicólogo cristiano Humberto del Castillo ofrece ocho ideas prácticas para vivir la humildad en el hogar:

1. Acepta incondicionalmente a cada uno de los miembros de tu familia.
2. Valora integralmente a cada miembro de la familia como un ser único, distinto e irrepetible.
3. Acoge y ama «al otro» como Hijo de Dios y miembro de tu familia.
4. Respeta y valora las diferencias entre los unos y los otros. Esto nos llevará a alegrarnos porque «el otro» es distinto a mí y enriquece a la familia.
5. Realiza tú primero un esfuerzo por escuchar al otro antes que pretender que te escuchen a ti.
6. Ayuda a tu familiar en sus labores cotidianas; saliendo al encuentro del otro en el día a día de manera que encuentre en ti un apoyo en su trabajo o estudio diario.
7. Cuando ves algo mal en algún miembro de tu familia estás invitado a decírselo buscando la manera más adecuada y el mejor momento posible.
8. Cuando te critiquen y señalen cosas para mejorar, admitir y aceptar dichas correcciones con sencillez y transparencia.

«El orgullo construye muros, la humildad construye puentes» (Anónimo).

Construyendo puentes

No hace mucho tiempo, dos hermanos que vivían en granjas contiguas tuvieron un conflicto. Era el primer problema que tenían después de 40 años de cultivar las tierras hombro con hombro, compartir el duro trabajo y de intercambiar cosechas y bienes de forma continuada.

Llegado un día, su colaboración terminó. Por aquel pequeño malentendido que no supieron resolver se fue abriendo una tremenda brecha entre ellos con intercambio de palabras amargas seguido de semanas de silencio.

Una mañana alguien llamó a la puerta de uno de los hermanos. Al abrir, encontró a un hombre con herramientas de carpintero. «Estoy buscando trabajo —dijo el extraño—, quizás usted requiera algunas pequeñas reparaciones aquí en su granja y yo pueda serle de ayuda».

«Sí —dijo el mayor de los hermanos—, tengo un trabajo para usted. Mire, al otro lado del arroyo, en aquella granja, vive mi vecino que es mi hermano menor. La semana pasada había una hermosa pradera entre nosotros, pero él tomó su buldócer y desvió el cauce del arroyo para que éste se interpusiera entre ambos terrenos. Reconozco que este acto me molestó, pero se la voy a devolver con creces. ¿Ve usted aquella pila de maderas junto al granero? Quiero que las use para construir una cerca, de dos metros de alto, y así no verlo nunca más».

El carpintero le dijo: «Creo que comprendo la situación. Muéstreme dónde están, los clavos y las herramientas y le entregaré un trabajo que lo dejará satisfecho». El hermano mayor ayudó al carpintero a reunir todos los materiales y se fue de la granja el resto del día para ir a comprar provisiones al pueblo.

El carpintero trabajó duro todo el día midiendo, cortando y clavando. Cerca del atardecer, cuando el granjero regresó, el carpintero había terminado con su trabajo. El granjero quedó perplejo con lo que vio. No había ninguna cerca de dos metros; en su lugar había un puente. Un puente que unía las dos granjas a través del arroyo. Era una verdadera obra de arte.

En ese momento su hermano menor vino desde su granja y, cruzando el puente, abrazó a su hermano mayor y, con los ojos llenos de lágrimas, le dijo: «Eres un gran hombre por construir este hermoso puente después de lo que te he hecho. Gracias y perdóname». El carpintero guardó las herramientas en silencio y se marchó por donde había venido.

«El orgullo construye muros, la humildad construye puentes» (Anónimo).

Que este valor se encuentre cada día más presente en nuestras familias, para crear hogares en los que Cristo reine hasta su venida.

[1] Elena White, *Patriarcas y profetas*, pág. 36.

La obediencia

La obediencia es la acción de obedecer, es decir, cumplir la voluntad de la autoridad o de la persona o entidad que manda.[1] La capacidad de obedecer es una cualidad que Dios ha puesto en el corazón de las personas para asegurarles el bien, la felicidad y como herramienta para conducir en sus vidas. También es una actitud que los seres humanos pueden desarrollar y es necesaria para una vida en sociedad, pues facilita buenas relaciones de convivencia.

De hecho, la obediencia adecuada es clave en muchas relaciones entre seres humanos: entre un padre y un hijo, entre cónyuges, entre hermanos, entre empleado y patrón, entre ciudadanos... Sin embargo, es una actitud difícil de acatar por la naturaleza del ser humano. Nos gusta tener libertad, hacer lo que nos apetezca en cada momento y no someternos a leyes o a personas que nos mandan o imponen su autoridad.

Podría parecer que el antónimo de la obediencia es la libertad, pero ¿y si descubriéramos que la libertad verdadera se halla en la obediencia? La obediencia a Dios, quien más nos conoce por ser nuestro Creador, nos da libertad. En Deuteronomio 30: 15-16, 19 (PDT), Dios dice: «*Mira, hoy te doy a escoger entre la vida y la muerte, entre lo bueno y lo malo, entre la vida y el éxito, o la muerte y el desastre. Si obedeces los mandamientos del SEÑOR tu Dios que te ordeno hoy, amas al SEÑOR tu Dios, vives como él manda y obedeces sus mandamientos, normas y leyes, entonces vivirás y te multiplicarás. [...] Elige la vida para que tú y tus descendientes puedan vivir*». Con Dios el bien y la vida siempre son el fin último de la obediencia.

En un sermón, el predicador W. K. Gillian dio el siguiente testimonio: «Sobrevolábamos la ciudad de Chicago, en el estado de Illinois, cuando oímos por los altavoces que no se podía aterrizar porque había muchas nubes y las condiciones atmosféricas no eran favorables. Efectivamente, no se veía nada a través de las ventanas del aeroplano, únicamente nubes blancas. Permanecimos durante media hora volando en círculos sobre la ciudad. Repentinamente, el aeroplano descendió en línea recta y aterrizamos con precisión en la pista que nos correspondía. La constante comunicación entre el operador de radio del aeropuerto y el piloto, y su fe ciega y obediencia absoluta al controlador aéreo, hizo que se pudiese descender en el momento y en el lugar más conveniente». En este caso la obediencia fue un factor clave para el correcto aterrizaje del avión.



Por otro lado, Stanley Milgram, psicólogo de la Universidad de Yale, realizó en el año 1961 una serie de experimentos cuya finalidad era medir la disposición del ser humano para obedecer las órdenes de una autoridad, incluso cuando estas entraban en conflicto con su sistema de valores y su conciencia. Milgram dice: «Monté un simple experimento en la Universidad de Yale para probar cuánto dolor infligiría un ciudadano corriente a otra persona simplemente porque se lo pedían para un experimento científico». El experimento básicamente consistía en medir la obediencia de las personas (sujeto activo) a las órdenes del investigador de aplicar descargas eléctricas dolorosas, y cada vez más potentes, a otras personas (sujetos pacientes) bajo situaciones concretas de estrés en un laboratorio. Se hacían preguntas al sujeto paciente y con cada fallo, o si no respondían, el investigador ordenaba al sujeto activo que administrase una descarga eléctrica. Al siguiente fallo u omisión se aumentaba la potencia de la descarga. Contra todo pronóstico la mayoría de personas que recibieron las órdenes (un 65%) llegaron a administrar descargas hasta dejar inerte al sujeto paciente. En las repeticiones moder-

Maribel Gómez
Presidenta de la Asociación de Profesionales Adventistas de la Salud Mental (APASM)

nas de este experimento los porcentajes son similares en todas las poblaciones estudiadas.

El experimento de Milgram representa uno de los experimentos de la psicología social de mayor interés para demostrar la fragilidad de los valores humanos ante la obediencia ciega a la autoridad, y cómo algunas personas son capaces de realizar actos salvajes de genocidio y ataques terroristas desarrollando un nivel muy alto de obediencia a lo que ellos consideran autoridad, aun en contra de su conciencia. Esta obediencia significa descargar mi responsabilidad en otro y, dependiendo del asunto que se trate, esto puede tener consecuencias muy graves.



Así como ese piloto salvó las vidas de los pasajeros obedeciendo fielmente las instrucciones del controlador aéreo, la obediencia ciega a una persona que no tiene unos principios adecuados de autoridad puede llevar a cometer graves injusticias. Saber a quién debemos obedecer es fundamental.

¿Por qué es tan importante obedecer a Dios?

1. **La obediencia es un acto de adoración.** Dios valora nuestra obediencia por encima de todo. En Jeremías 7: 23, leemos: «*Pero esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien*"». A Dios le agrada que le obedezcamos de todo corazón. La obediencia instantánea nos enseñará mucho acerca de él. Nunca entenderemos algunos mandatos si antes no los obedecemos, pues la obediencia abre el entendimiento, tal como dice el salmista en el Salmo 119: «*Dios mío, enséñame a cumplir tus mandamientos, pues obedecerlos me hace feliz; ¡los cumpliré toda mi vida! Aclara mi entendimiento, y los seguiré de todo corazón*» (Sal. 119: 33-34, TLA).
2. **La obediencia demuestra nuestra fe.** Cuando el rey Saúl desobedeció a Dios reteniendo del botín ovejas y vacas, el profeta Samuel dijo que más agradaba al Señor que se le obedeciese que no que se le ofrezcan sacrificios y holocaustos (1 Sam. 15: 22). La desobediencia de Saúl mostró su falta de fe y le costó el reino. Cuando desobedecemos a nuestro Señor, no nos hacemos partícipes de sus bendiciones, de una vida abundante y fructífera. No siempre entenderemos sus requerimientos, pero podemos tener fe en su sabiduría y por medio de nuestra obediencia demostrar que tenemos fe en él.
3. **La obediencia glorifica a Dios**. En la ilustración que recoge el evangelio de Juan sobre la relación que debe haber entre Jesús y nosotros, se refiere a la vid como imagen de Jesús y el fruto que pueden dar las ramas, nosotros, si permanecemos unidos a él: «*Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí*» (Juan 15: 4). Permanecer es obedecer. Si nuestra relación con él es constante y nos dejamos imbuir por toda su esencia, la obediencia producirá mucho fruto. Unidos a la vid, daremos buenos frutos, que podrán glorificar a Dios.
4. **La obediencia produce victoria**. El hombre no fue desobediente por naturaleza desde el principio. En el Edén, la relación de Dios con el hombre era tan íntima que no necesitaba decidir obedecer, simplemente era obediente. El pecado rompió dicha relación, pues la estrategia del enemigo es influenciarnos para que desobedezcamos a Dios. Este fue su propósito en el huerto y sigue siendo su objetivo hoy. Elena White escribió: «Dios requirió de Adán antes de su caída una obediencia perfecta a su ley. Dios requiere ahora lo mismo que requirió a Adán: una obediencia perfecta, una rectitud sin defectos y sin fallas ante su vista. Que Dios nos ayude a darle todo lo que su ley requiere. Pero no podemos hacer esto sin esa fe que lleva la justicia de Cristo a la práctica diaria».[1] Santiago 4: 7 nos muestra el camino hacia la victoria: «*Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros*». Para resistir al diablo tenemos que obedecer a Dios, así tendremos victoria sobre la tentación y el tentador, y una vida abundante.
5. **La obediencia demuestra nuestro amor a Dios**. La obediencia es la verdadera prueba de nuestro amor por Cristo y el secreto de descubrir la voluntad de Dios en nuestra vida. Jesús dijo: «*El que me ama, obedecerá mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y con él nos quedaremos a vivir*» (Juan 14: 23, RVC). Amor es una palabra que requiere acción y resulta en obediencia y deseo de agradar a Dios. Quien dice amar a Dios, pero no le obedece, en verdad no lo ama. Amar a Dios es obedecerle. La obediencia a medias es desobediencia.

> **«Dios mío, enséñame a cumplir tus mandamientos, pues obedecerlos me hace feliz; ¡los cumpliré toda mi vida! Aclara mi entendimiento, y los seguiré de todo corazón».**
> Salmo 119: 33-34

La obediencia en el ámbito terrenal

Es en el ámbito de las relaciones y en la familia donde mejor puede ser entendida y puesta en práctica la obediencia:

- La relación entre esposos debe ser bidireccional, de obediencia y respeto mutuos. En el libro de Efesios, Pablo se dirige a las mujeres para que obedezcan a sus maridos como al Señor, y a los maridos para que obedezcan a Dios amando a sus mujeres (Efe. 5: 22).
- Sobre la relación entre padres e hijos, el apóstol exhorta a los hijos a obedecer a

sus padres por amor al Señor, porque es lo justo y además tiene una promesa para que les vaya bien y tengan una larga vida en la tierra. A los padres, les advierte que no provoquen a sus hijos a la ira, sino que los eduquen de una manera cristiana (Efe. 6: 1-3).

- Abriendo el círculo de la obediencia entre iguales, Hebreos 13: 17 nos anima a obedecer a nuestros pastores, porque nos cuidan sin descanso, procurando hacerles el trabajo agradable y no penoso.
- En la relación empleado-patrón, también el apóstol Pablo aconseja a siervos y empleados obedecer a los jefes como si lo hicieran a Jesús, con sencillez de corazón y honestidad, y a los jefes a tener también una actitud positiva y honesta con sus empleados, dejando las actitudes amenazantes (Efe. 6: 5).
- A todos nos recuerda que debemos obedecer a los gobernantes y autoridades mostrando mansedumbre con todos los hombres (Tito 3: 1-2).

Como cristianos, nuestra mente debe estar enfocada en la obediencia a Dios, pues sabemos que es beneficioso para nuestras vidas. Al mismo tiempo, siempre y cuando estén de acuerdo con los principios divinos, debemos someternos también a las leyes de nuestra sociedad.

Un hombre dormía en su cabaña cuando, de repente, una luz iluminó la habitación y apareció Dios. El Señor le dijo que tenía un trabajo para él, y le señaló una gran roca que había frente a su cabaña. Le explicó que debía empujar la piedra con todas sus fuerzas. El hombre hizo lo que el Señor le pidió, día tras día. Por muchos años, desde que salía el sol hasta el ocaso, el hombre empujaba la fría piedra con todas sus fuerzas y esta no se movía ni un poquito, como es normal. Todas las noches el hombre regresaba a su cabaña muy cansado y sintiendo que todos sus esfuerzos eran en vano.

Satanás entró en ese momento trayendo pensamientos a la mente del hombre. Le dijo que la tarea que Dios le había puesto era imposible de realizar y que él era un fracaso. ¿Por qué tenía que esforzase todo el día en esa tarea imposible? Con hacer un esfuerzo mínimo para cumplir sería suficiente, sin duda.

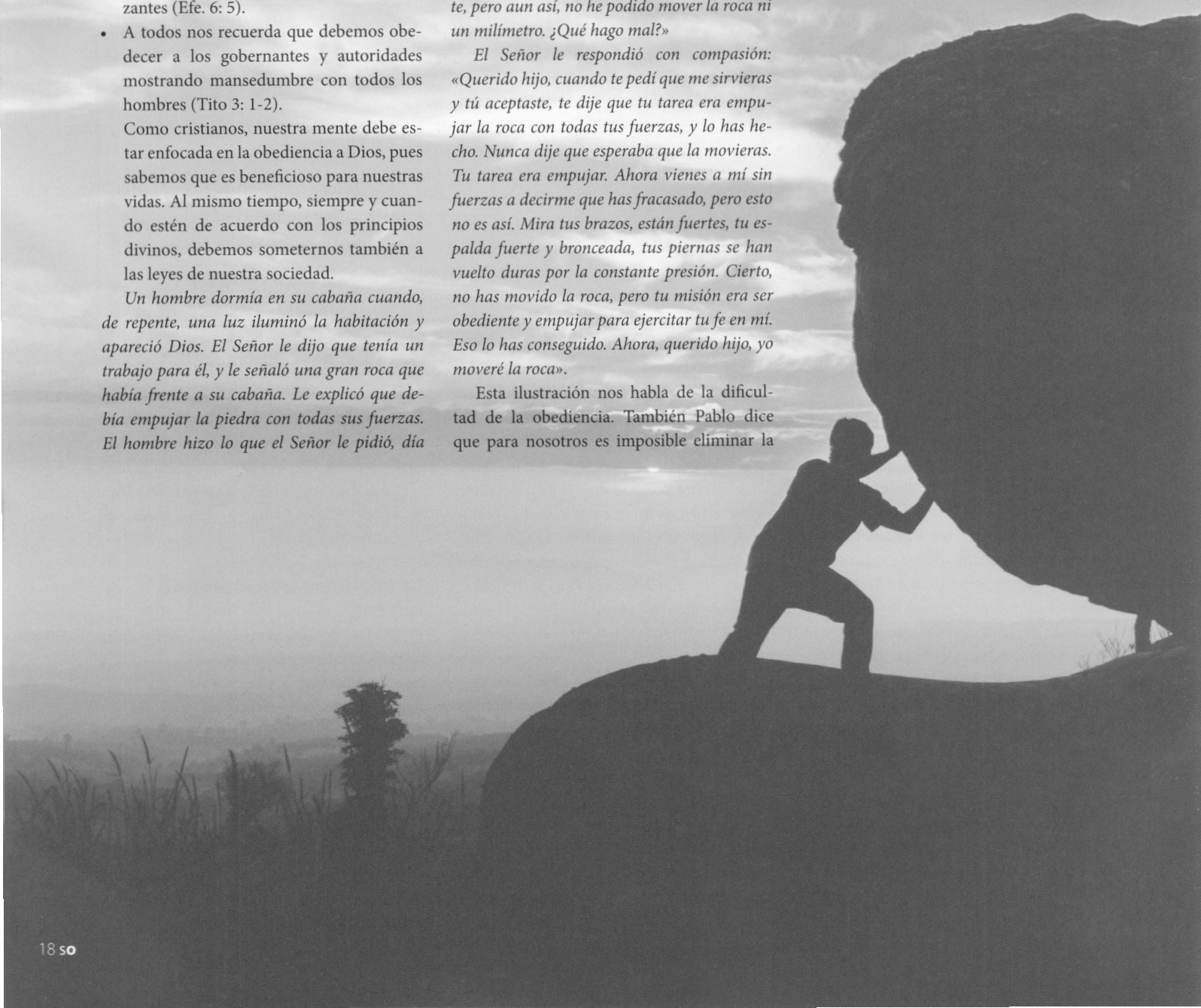
El hombre pensó hacerlo así, pero antes decidió elevar una oración al Señor y confesarle sus sentimientos: «Señor, he trabajado duro por mucho tiempo a tu servicio, he empleado toda mi fuerza para conseguir lo que me pediste, pero aun así, no he podido mover la roca ni un milímetro. ¿Qué hago mal?»

El Señor le respondió con compasión: «Querido hijo, cuando te pedí que me sirvieras y tú aceptaste, te dije que tu tarea era empujar la roca con todas tus fuerzas, y lo has hecho. Nunca dije que esperaba que la movieras. Tu tarea era empujar. Ahora vienes a mí sin fuerzas a decirme que has fracasado, pero esto no es así. Mira tus brazos, están fuertes, tu espalda fuerte y bronceada, tus piernas se han vuelto duras por la constante presión. Cierto, no has movido la roca, pero tu misión era ser obediente y empujar para ejercitar tu fe en mí. Eso lo has conseguido. Ahora, querido hijo, yo moveré la roca».

Esta ilustración nos habla de la dificultad de la obediencia. También Pablo dice que para nosotros es imposible eliminar la tendencia a la desobediencia, a la rebeldía, que está firmemente anclada en nosotros, en nuestros miembros (Rom. 7: 23). Sin embargo, perseverando en los retos diarios que Dios nos propone, nos fortaleceremos y por fe en él nos dará la victoria final.

Como dice Pablo en Efesios 5: 21, aprendamos a obedecer y a someternos unos a otros en humildad, por respeto a nuestro Señor. Aprendamos a servir y el Señor nos dará su gracia maravillosa.

[1] *Diccionario de la lengua española*, consultado el 28 de diciembre de 2017.
[2] Elena White, *Mensajes selectos*, T. 2, pág. 437.



El perdón



«*Yo, yo soy quien borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados*» (Isa. 43: 25).

Las relaciones interpersonales han sido causa de gozo, pero también de sufrimiento a lo largo de nuestra existencia. Las relaciones familiares no son la excepción. Por ello, la Escritura nos enseña: «*no se ponga el sol sobre vuestro enojo*» (Efe. 4:26). Parece extraño que la Biblia reconozca el enojo, ese estado de ánimo que a veces dura demasiado tiempo, en algunas familias, años. ¿Pero los cristianos también se enojan? ¿Y los cónyuges creyentes? Aunque lo ideal sería dar una respuesta negativa a estas preguntas, la realidad muestra que ninguna familia está libre de tensiones entre cónyuges, o con los hijos, o entre hermanos. Y el mensaje de Dios llega para recordarnos que las diferencias, las discrepancias en nuestra familia, son oportunidades que Dios nos da no para ser eliminadas de la vida, sino para ser resueltas con los medios que él ha dispuesto.

Planteando el problema...

Ninguna familia está exenta de este tipo de situaciones. Todos pasamos por problemas (incluida la familia de la iglesia) por lo que se nos hace más necesario recordar los principios que el Señor dejó en su Palabra para ayudarnos a resolverlos: «*Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo estando tú y él solos; y si te oye, has ganado a tu hermano.*» (Mat. 18: 15). El Evangelio de Lucas también señala: «*Si tu hermano peca contra ti, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo*» (Luc. 17: 3).

El perdón es esencial para que la restauración pueda producirse, pero también lo es el arrepentimiento sincero del ofensor. Cuando alguien peca contra nosotros o cometemos algún pecado contra otra persona, se produce una herida. Si no la tratamos, se infectará y el dolor irá cada vez a más. En los hogares y fuera de ellos hay situaciones que no se terminan de resolver nunca; heridas que no sanan, unas veces por falta de perdón y otras por falta de un arrepentimiento genuino del ofensor.

El Dr. Enrique Rojas señala: «El perdón y el olvido van de la mano y son un antídoto infalible para descargarnos de sufrimientos inútiles para la existencia. La felicidad consiste en tener buena salud y mala memoria. La capacidad para olvidar es un seguro de salud mental».[1] Sí, «perdón» es una bella palabra que produce restauración y estabilidad, que encauza las cosas de nuevo. Recibir perdón es agradable, pero ¡qué difícil resulta tener que perdonar a los que nos han hecho daño, cuando, anclados a nuestros tercos argumentos, nos negamos a escuchar otras razones! Lo hacemos con la pareja, con los hijos, con amigos, hermanos y conocidos, pasando por alto que el Señor nos ha otorgado mucho más perdón del que nosotros seremos capaces de ofrecer a nadie a lo largo de toda nuestra vida.

Negarle el perdón a alguien es encerrarle en una celda de nuestro corazón. Implica llevar el problema sin resolver con nosotros a donde vayamos. Esto nos producirá amargura y resentimiento. Por ello, es necesario liberar a la persona que nos lo pide para que nosotros también quedemos liberados de resentimientos y amarguras.

¿Qué hacer ante la ofensa?

A veces, el cónyuge o los hijos pueden hacernos vivir situaciones tan duras que nos hagan cuestionar la continuidad de nuestra relación, o nuestro papel como padres en la educación que les hemos dado. ¡No permitamos que esos pensamientos se asienten en nuestra mente! El perdón es una decisión, no una emoción. ¡Decidamos perdonar para evitar mantener anotada la falta de quien nos ha ofendido! El perdón no consiste en justificar el error o permitir malas actitudes solo por los sentimientos y la relación que nos unen a la otra persona. El perdón tampoco debe ignorar lo malo que ha ocurrido ni debe fingir que no ha pasado nada, pues no sería amor auténtico. El perdón implica ser consciente de la situación, de los errores, y estar dispuesto a seguir adelante a pesar de ellos, a continuar la relación con amor y sin rencor hacia quienes nos han hecho daño. Así es el amor de Dios.

¿Y si no me piden perdón?

Es una pregunta clave. ¿Por qué habría de perdonar si no me lo piden? Porque perdonar libera. De lo contrario, seremos prisioneros de nuestros propios sentimientos y el Señor quiere que sigamos adelante sin la carga del resentimiento. Debemos perdonar porque Dios nos perdona cada día. Dejar de perdonar es como beber veneno y esperar que otro muera por su efecto.

Sobre nuestras relaciones y el perdón, en Mateo 5: 24 leemos: «*Por tanto, si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta*



Alberto Fernández
Pastor de la Iglesia Adventista en Madrid y responsable del Centro de Actividades Múltiples en Guadalajara

tu ofrenda». El primer paso es nuestra responsabilidad. Es necesario perdonar, independientemente de la decisión del otro. De lo contrario, corremos el riesgo de que esa situación no se resuelva nunca. Y aunque no resulta fácil, solucionarla será beneficioso para nuestra salud, nuestra espiritualidad y nuestra felicidad.

Ante la falta de muestras de arrepentimiento, es posible que nuestro equilibrio se tambalee y nos ronden preguntas como: ¿Por qué perdonar si ni siquiera reconoce que ha hecho las cosas mal? ¿Por qué, si no es capaz de ver que me ha hecho daño con sus palabras? ¿Por qué, si siempre se me equivoca en la misma situación? La respuesta es incómoda pero sencilla: debemos perdonar porque Jesús nos perdonó primero.

Resulta extraño, pero Jesús rompió los esquemas humanos cuando oró: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*» (Luc. 23: 34). Por increíble que parezca, Jesús oraba al Padre por todos aquellos que lo estaban humillando, se estaban burlando de él, repartiendo sus ropas y echando suertes sobre ellas, mientras él agonizaba en la cruz del Calvario, entregando su vida por amor a ellos, y por amor a ti y a mí.

Esteban, imitando a Jesús, también pidió a Dios que perdonara a aquellos que lo estaban apedreando hasta la muerte (Hech. 7: 60). ¿Cómo es posible? ¿Cómo encontrar la motivación para pedir perdón por quienes nos producen dolor y sufrimiento? Mirando más allá de las circunstancias de sufrimiento actuales. Mirando arriba, al cielo, al trono del Padre, clamando a él, a pesar de las reacciones de los demás, independientemente de lo que la otra persona haga; de los que nos dañan; del cónyuge que nos ha herido; o del hijo que ha roto nuestro corazón al marchar lejos del hogar, de la iglesia y hasta de Dios; del hermano que ha traicionado nuestra confianza…

«¿Cómo encontrar la motivación para pedir perdón por quienes nos producen dolor y sufrimiento? Mirando más allá de las circunstancias de sufrimiento actuales. Mirando arriba, al cielo, al trono del Padre, clamando a él».

Ofrecer perdón producirá restauración en nuestra familia y en nuestra vida. Cuando el arrepentimiento es sincero, no solo se restablece la relación perdida con Dios y con los demás, sino que también se limitan las consecuencias de la ofensa. Este tipo de arrepentimiento debe llevar al ofendido a no recordar la ofensa perdonada, y es un milagro que solo el Señor puede obrar en el corazón del creyente.

¡Vivamos junto al Señor la dicha restauradora del perdón! Él estará con nosotros para ayudarnos.

[1] Enrique Rojas, *No te rindas: Doce meses para aprender a ser optimista*, Ediciones Planeta, Madrid, 2011, pág. 94.



El servicio



Jesús cambió muchas cosas y conceptos en la historia. Hizo reformas sobre la observancia judía del sábado (Mar. 2: 23-28), la impureza ceremonial de los alimentos (Mar. 7: 1-23), la manera de entender la ley desde un punto de vista espiritual (Mat. 5-7), el concepto de la persona de Dios, cuyo Hijo nos enseña a dirigirnos a él como a un Padre bondadoso (Luc. 15), y muchas otras situaciones que hallamos en el legado de los evangelios. Sin embargo, hay una lección preciosa que destaca sobre todas las reformas, porque es algo que nadie esperaba del Hijo de Dios: su actitud servicial.

El servicio es la disposición de llegar a nuestros semejantes con los dones que el Señor nos ha dado. Jesús tuvo la disposición de servir y lo hizo como nadie. Es maravilloso descubrir que la esencia de su ser estaba dispuesta al servicio de los demás incluso hasta el sacrificio supremo. Su vida, su predicación y su ejemplo, en los tres años de ministerio público, nos muestran una disposición categórica de servicio hacia la humanidad sufriente y lastimada.

Para Jesús, la grandeza del ser humano radica en su disposición de servir a los demás (Mat. 20: 25-26). Nos enseña que es bueno ser el primero y el más grande siempre que estemos dispuesto a servir. Mientras uno busca estar al servicio de la comunidad, estará en el lugar que le corresponde, el lugar de la proximidad, de la amabilidad y de la humildad.

La familia es el lugar idóneo para servir. En la historia de los reyes de Israel (2 Reyes 4) encontramos una familia que descubrió la plenitud en la oportunidad de servir, para luego señalar a nuestro Salvador, el mayor Servidor de todos los tiempos.

El profeta Eliseo, en uno de sus viajes por el país, pasó por Sunem, donde conoció una familia de buena posición. La señora de la casa, la sunamita, insistió para que se quedara a comer con ellos. Aparte de la invitación, la sunamita habló con su marido y llegaron al acuerdo de construir una habitación y amueblarla con todo lo necesario para que el profeta se sintiera como en casa cada vez que tuviera que pasar por la región. Un auténtico ejemplo de generosidad y disposición de servir.

Nuestras familias podrían acercarse más al cielo si tuviéramos la actitud de la sunamita y su marido. Este hogar nos enseña que para servir hay que ir más allá de lo convencional. El servicio no es solo el protocolo a cumplir para estar a la altura de lo convenido por el código de los buenos modales. El servicio abre posibilidades a la creatividad. Nos anima a ser atrevidos e inventivos.

Si analizamos con detenimiento el cuadro del servicio del hogar de la sunamita (2 Rey. 4: 8-10), observamos cuatro peldaños que llevan a un servicio perfecto:

a) **Una comida**. Aunque puede parecer algo superficial, es suficiente para iniciar una relación de amistad. Así comienza la historia de Eliseo con esta familia. Nuestro Padre celestial también nos recibe con una comida después de nuestra peregrinación por el mundo lejos de su amado corazón. Ofrece un gran banquete para nosotros al volver a casa después de desobedecerle (Luc. 15: 11-32). La Santa Cena es una oportunidad de ver a Jesús sirviendo, lavando nuestros pecados e invitándonos a comer del pan que representa su cuerpo (Juan 13: 1-20). Con un gran banquete nos recibirá en la Nueva Jerusalén, donde él mismo se pondrá a servirnos (Luc. 12: 37).

Una comida puede marcar la diferencia en nuestro servicio a los necesitados. Quien tiene un hogar, puede servir. La familia es pan para los hambrientos cuando existe la disposición de servir sin pensar a quién.

Richard Ruszuly
Pastor de la Iglesia Adventista y Secretario Ministerial de la Unión Adventista Española

b) **Muchas comidas**. El cronista nos cuenta que cada vez que el profeta se pasaba por allí, paraba a comer. El servicio verdadero no tiene una lista de muchas obligaciones a cumplir. No cuenta las horas invertidas en hacer que todo esté preparado para el visitante. No hallamos rastro de murmuración en el hogar de la sunamita por las comidas que tuvo que preparar. En este hogar fue algo corriente proveer lo necesario para el profeta. ¡Qué gran lección de abnegación y sacrificio desinteresado! Es como si todas esas comidas, todas las horas de preparación las viéramos compartidas a su vez por las manos de Eliseo un poquito más adelante en la multiplicación de los panes en Guilgal (2 Rey. 4: 42-44).

El servicio ofrecido con abnegación llega más lejos de lo que nos podemos imaginar (Ecl. 11: 1-2). Desde el hogar podemos llegar a miles de personas, sin saberlo siquiera, si tenemos fe en que lo que hacemos para una persona puede ser multiplicado por el Señor en beneficio de muchas otras. Así, las abundancias de nuestro hogar pueden derramar lluvia de pan sobre muchos que nunca comerán en nuestras casas.

c) **Una habitación.** Una idea y la decisión posterior fueron suficientes para pasar a la acción. Construyen para Eliseo una habitación en la terraza. Es algo parecido al aposento alto que usó Jesús para la Última Cena. No construyeron algo provisional, transitorio, con menos calidad que su propia casa. El servicio era su manera de ser. Ofrecieron porque se sentían a gusto compartiendo su tiempo, sus bienes, parte de su vida. Construyen algo duradero, teniendo en cuenta la seguridad e intimidad del visitante. Con ello, transmitieron un mensaje alto y claro: «Tu presencia no nos estorba. Siempre serás bienvenido». El servicio en nuestros hogares transmite la influencia duradera de un ambiente cálido y sincero. Lejos de la superficialidad de una sociedad veloz, la familia adventista debería ser el rincón de la tranquilidad y del mirar a los ojos; de escuchar con atención y compartir la vida. De ofrecer más que un almuerzo, dar descanso y oportunidad para conocernos mejor. Proclamar desde la misma puerta: «¡Aquí siempre serás bienvenido!».

d) **Una cama, una mesa, una silla y un candil.** Una habitación vacía, fría y sin estilo transmite indiferencia. El cronista nos cuenta que esta familia le dio un toque especial a la habitación del profeta. De hecho, todos los elementos descritos nos indican cierto grado de comodidad. Es lo que se necesita para sentirse parte del hogar, para dejar de ser un viajero de paso. Es más que un inquilino. Es un miembro adoptivo de la familia. La cama es para el descanso. La mesa necesaria para actividades realizadas bajo el techo de la casa. La silla significa el hecho de pararte y tener tu sitio en el hogar. Y el candil transmite seguridad y visión en la oscuridad. El servicio en el hogar debería llegar a ese sublime nivel de generalizar la convicción de que los que están en nuestro hogar son miembros indispensables de nuestra vida.

Volvamos de nuevo a Jesús. ¡Hay tantas escenas de servicio en su breve ministerio público! Uno de los momentos más sublimes tuvo lugar cuando, tras haber resucitado, tras haber vencido la muerte, se apareció a los discípulos en la orilla del Mar de Tiberias. La escena que narra Juan en el capítulo 21 es impresionante. Después de una noche en la que los discípulos trabajaron en vano, Jesús, el servidor por excelencia, los esperó en la orilla con un desayuno preparado por él mismo: un buen rescoldo de brasas, pescado y pan. Mirándolos con amor, los invitó con su voz hermosa: «*Acercaos y comed*» (Juan 21: 12, BLP).

Servir es indagar sobre las necesidades del otro para ayudarlo mejor. El hogar puede ser un lugar de servicio si buscamos ser los primeros en dar sin preguntar. El ejemplo del hogar de la sunamita nos enseña la apertura sin miedo a servir. Desde nuestro minúsculo mundo podemos llegar hasta muy lejos, alcanzando miles de vidas con nuestra disposición de servicio. «El amor y la lealtad a Cristo son las fuentes de todo servicio verdadero. En el corazón conmovido por su amor se engendra el deseo de trabajar por él. Estimúlese y diríjase debidamente este deseo. Ya sea en el hogar, el vecindario, o la escuela, la presencia del pobre, el afligido, el ignorante o el desgraciado, no debería ser considerada como una desgracia, sino como el medio de proveer una preciosa oportunidad para el servicio».[1]

¡Sirvamos más! ¡Hagámoslo sin miedo! Cristo es nuestro ejemplo. Él lo dio todo por nosotros. ¿Qué haremos por nuestro Señor?

[1] Elena White, *El hogar cristiano*, pág. 445.



«Servir es indagar sobre las necesidades del otro para ayudarlo mejor».


5 al 12 de agosto
o
12 al 19 de agosto de 2018
Creciendo con
NUESTRAS
familias
Campamento Nacional
de Familias
Entrepeñas,
donde las familias crecen unidas